

Pequeña memoria recobrada **Pequeña memoria recobrada**

Libros infantiles del exilio del 39

Edición:
Ana Pelegrín
María Victoria Sotomayor
Alberto Urdiales



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, POLÍTICA SOCIAL Y DEPORTE
Secretaría de Estado de Educación y Formación

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Información y Publicaciones

Catálogo de publicaciones del MEPSYD

<http://www.mepsyd.es>

Catálogo general de publicaciones oficiales

www.O60.es

Fecha de edición: 2008

NIPO: 651-08-060-3

ISBN: 978-84-369-4592-8

Depósito Legal: M-38086-2008

Imprime: Ediciones Gráficas Arial

Índice

Prólogo, por Alejandro Tiana Ferrer.....	5
Presentación.....	7
Una aproximación a los libros infantiles en el exilio español (1939-1977), por Ana Pelegrín.....	13
Letras para cambiar el mundo. Los libros para niños en las Misiones Pedagógicas, por María García Alonso.....	43
La imagen exiliada, por Alberto Urdiales.....	57
Tarde de enero de 1923, por Juan Mata.....	81
Memoria de la escena. El teatro infantil de los exiliados, por M. ^a Victoria Sotomayor.....	93
De Sanabria a Buenos Aires: el destierro escénico de Alejandro Casona, por María Jesús Ruiz.....	119
La obra de Anna Muriá, por Miquel Desclot.....	131
<i>Leoi-Kumea</i> : un libro traducido al euskara, para niños del exilio (asombrosa adaptación al euskara de <i>Le petit lion</i> de Jacques Prévert por Orixe), por Juan Kruz Igerabide.....	143
<i>Memorias dun neno labrego</i> y la obra de Xosé Neiras Vilas, por Blanca Ana Roig Rechou.....	155
El exilio interior y la recuperación de la memoria, por Nieves Martín Rogero.....	169
Catálogo de autores y obras.....	187
Índices.....	299

Letras para cambiar el mundo.

Letras para cambiar el mundo.

Los libros para niños en las misiones pedagógicas

Los libros para niños en las misiones pedagógicas

María García Alonso
UNED

Como el pedagogo comenzó siendo un esclavo, la escuela no ha podido librarse por completo de esta condición sometida [...] La escuela tiene hoy, va teniendo, su principal reserva de material educador y docente en la calle, en la vida, que enseña "de gorra", sin que nos demos cuenta, por los ojos, por los oídos y por los sentidos todos corporales y del espíritu, ahora y siempre, a los débiles y a las personalidades fuertes.

Luis A. Santullano, "Antipedagogía",
Hora de España, Barcelona, junio de 1938.

El 7 de agosto de 1935 el periódico madrileño *El Debate* publicaba un editorial en primera página titulado "Una institución ineficaz y superflua" dedicado a defender la supresión del presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública destinado a las Misiones Pedagógicas:

Basta una simple lectura del material bibliográfico para darse cuenta de cuál es el "manjar espiritual" que se ha querido difundir y cuáles han sido las normas "pedagógicas" y "cultura-

les" de la selección de los libros. [...] ¡Pobres campesinos aquellos en cuyas manos haya caído esa colección de literatura universal, en la que de 46 obras hay nueve rusas! Cinco de Tolstoi, tres de Andreiev y una de Dostoiewski, para más precisión. ¡Pobres inteligencias también las que, sabiendo apenas leer de mala manera, hayan tenido que desentrañar "La Ilíada" o "La Odisea", las tragedias de Sófocles o los dramas de Shakespeare! O, en fin, se han puesto en contacto con "Los espectros" de Ibsen; la novela de Remarque y las obras de Anatole France y de Oscar Wilde... Y menos mal que no faltan en la lista obras de autores clásicos españoles, siquiera no falten autores modernos de muy discutible sentido formador y educativo, entre los que se encuentra por ejemplo el señor Llopis. Cualquiera espíritu imparcial, acostumbrado a percibir el valor educativo de una obra de cultura, ha de reconocer que en punto a biblioteca las misiones han sido todo menos pedagógicas.

En su opinión, se trataba de una organización deficiente, perjudicial y de "dudoso rendimiento" que había que erradicar de la vida cultural española. En esto coincidía con otro artículo que se había podido leer un par de meses antes —en junio— en la revista *Atenas*:

En este momento de economías en el Presupuesto es oportuno llamar la atención del señor ministro de Instrucción pública para que vaya estudiando el modo de suprimir esa consignación, que sólo tiene por objeto hinchar la vanidad de unos señores y justificar el gasto de unas atenciones de finalidad dudosa. Lo que sí debe extenderse es la propaganda de las bibliotecas con una escrupulosa selección de libros, pues es una fatal consecuencia desmoralizadora la existencia de ciertos libros impropios para formar la conciencia moral de la juventud¹.

¿Cuáles eran las "atenciones de finalidad dudosa" de las Misiones Pedagógicas?

Antipedagogía

Las Misiones Pedagógicas habían nacido en el momento en que España acababa de hacer su pequeña revolución sin sangre, con el apoyo masivo de los núcleos urbanos y la oposición de la población rural. El decreto que legaliza su actuación tiene fecha de 29 de mayo de 1931. Es, por tanto, una de las primeras iniciativas de la recién estrenada Segunda República. Según esta ley, el Gobierno:

... estima necesario y urgente ensayar nuevos procedimientos de influencia educativa en el pueblo [...]. Se trata de llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y los ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos. [...] Hay en este propósito, además del beneficio que la enseñanza nacional puede recibir, el deber en que se halla el nuevo régimen de levantar el nivel cultural y ciudadano, de suerte que las gentes puedan convertirse en colaboradores del progreso nacional y ayudar a la obra de incorporación de España al conjunto de los pueblos más adelantados².

El disfrute de la cultura se había convertido, pues, en un derecho —y también en una necesidad si se querían reafirmar los mecanismos de la soberanía popular—, y asegurar su democratización era una atribución esencial del Estado. Para fortalecer esta idea, y sobre todo para diseñar las estrategias que permitirían a los habitantes de las aldeas ejercer este nuevo derecho, se nombró un patronato, que estuvo hasta su muerte presidido por Manuel Bartolomé Cossío, y del que formaron parte, entre otros, Domingo Barnés, Luis A. Santullano, Rodolfo Llopis, Antonio Machado, Luis Bello, Pedro Salinas, Ángel Llorca y Óscar Esplá. Ellos serían los responsables de la elección de nuevos colaboradores, de la creación de las distintas secciones, de la selección de rutas y del

nombramiento de delegados locales, que organizarían sus estructuras para asegurar la expansión misionera. Más de quinientas personas se implicarían de un modo otro en este proyecto. Había entre ellas nombres que luego resultaron conocidos por distintas razones y que no lo eran tanto en aquellos momentos: Luis Cernuda, María Moliner, María Zambrano, Miguel Hernández, José Val del Omar, etcétera. Sin embargo, la mayor parte de los misioneros fueron maestros, inspectores de primera enseñanza y estudiantes de distintas disciplinas que tenían un mismo concepto de justicia social, aunque eran gentes de distintas creencias y partidos, como se deduce de la trayectoria que cada uno de ellos seguiría una vez iniciado el conflicto bélico.

Los instrumentos que se utilizaron para esta empresa quedarían resumidos en este párrafo publicado en la primera *Memoria de su actividad*:

Se acudió a la palabra ante todo, hablada y escrita; la sugestión personal, insustituible; las lecturas expresivas y comentadas, en prosa y en verso; las bibliotecas dejadas al marchar para seguir leyendo. Con la palabra, la música, la más inmediata expresión de las emociones: canto, coro e instrumento; para el infinito y complejo mundo de las intuiciones visuales, la proyección fija y el cinematógrafo; para completar con la plástica el cuadro de poesía y música, un museo ambulante de pintura; para cerrar el ciclo de las artes con el complejo de la acción representada y llevar al pueblo el espectáculo tal vez más emocionante, más noble, que él mismo, en todas las latitudes y en todos los tiempos,

ha sabido crearse, un Teatro; y para poderlo acercar en su límite, hasta la última aldea, un Guiñol o Retablo de Fantoques. Cursos especiales de colaboración y perfeccionamiento, también para escuelas rurales, sirven a la acción directa de las Misiones sobre el Magisterio (XX-XXI).

Palabras, emociones, intuiciones visuales, acción representada... En cierto sentido, el adjetivo pedagógicas sirvió para establecer un baremo erróneo con el que juzgar a estas misiones, ya que hicieron pensar a los maestros que se circunscribirían al ámbito escolar, y a otros profesionales —como médicos, arquitectos o técnicos agrícolas— que se convertirían en escuelas ambulantes de capacitación. La utilización de la palabra misión también resultaba provocativa pues usurpaba un espacio simbólico que había pertenecido tradicionalmente a la iglesia (García Alonso, 2006), que asistía ahora con indignación a la presencia en los pueblos de España de misiones laicas heredadas del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Es decir,

completamente ajenas a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando únicamente el principio de la libertad e inviolabilidad de la Ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto a cualquier otra autoridad que no sea la de la conciencia³.

En el documental de propaganda británico del año 1937 *Spanish ABC* se afirmaba que toda la España republicana en guerra era una gran escuela: los

niños en la retaguardia jugaban como en un eterno recreo; los jóvenes dejaban a un lado sus fusiles para aprender a leer y le escribían afectuosas cartas a Jesús Hernández para que supiera que, entre las balas, las Milicias de la Cultura habían hecho bien su tarea. En los momentos más difíciles de la Guerra Civil, cuando la metáfora era un recurso ya demasiado sutil, las cartillas militares antifascistas dibujaban con letra redondilla arengas comunistas: *Lenin es nuestro amigo* o *Hacia la victoria final*. Pero unos años antes, cuando aún era posible soñar con un futuro en paz, el interés del Estado por la lectura se podía entender de distinto modo. De este modo fueron diseñadas las bibliotecas de las Misiones Pedagógicas: para “despertar el afán de leer en los que no lo sienten”, para su goce y su disfrute. Fueron el resultado de combinar libros como *La isla del tesoro* con adaptaciones de *Las mil y una noches*; las biografías de Gutenberg, Napoleón, Miguel Servet y las obras de, entre otros muchos, Cervantes, Dickens, Poe o Víctor Hugo: unos cien títulos que eran devorados con pasión por las familias, a menudo reunidas en torno al niño que sabía leer. Se incluían también algunos textos de los nuevos escritores que comenzaban a despuntar en la literatura española como *Platero y yo*, de Juan Ramón, o las poesías de Antonio Machado, y también manuales técnicos sobre agricultura o ganadería. El 60 por ciento del presupuesto de las Misiones se destinaría a estas bibliotecas circulantes, de las que se repartieron cerca de 6.000. En un momento en que incluso en las ciudades se carecía en general de servicio público de lectura —pues no existía una política razonada de compras y la mayor parte de las obras procedían de las institu-

ciones desamortizadas— son casi 600.000 libros entregados en pueblos y aldeas, a menudo sin luz eléctrica.

Una de las selecciones más repartidas por escuelas, casas de beneficencia, asociaciones obreras e incluso faros, fue la denominada BIBLIOTECA Z, formada por los siguientes títulos⁴:

La Odisea, adaptada por M.^a Luz Morales.

La Ilíada, adaptada por M.^a Luz Morales.

Historias de Shakespeare, seleccionadas por M.^a Luz Morales.

Los últimos días de Pompeya, de Bulwer Lytton.

Fausto, de Goethe.

La pequeña Dorrit, de Carlos Dickens.

Años de opulencia, de Carlos Dickens.

La isla del tesoro, de Roberto Luis Stevenson.

Memorias de León Tolstoy.

Aventuras de Gordon Pym, de Edgardo Allan Poe.

Obras dramáticas, de Schiller.

Tartarín de Tarascón, de Alfonso Daudet.

Atala, de Chateaubriand.

René, de Chateaubriand.

El último Abencerraje, de Chateaubriand.

El enfermo de aprensión, de Moliere.

El gaucho Martín Fierro, de José Hernández.

Facundo, de D. F. Sarmiento.

Mis amores, de Trindade Coelho.

Sachka Yegulev, de L. Andreiev.

Nuestra Señora de París, de Víctor Hugo.

María, de Jorge Isaacs.

La cabaña del tío Tom, de Harriet Seecher.

Ideario de Ganivet, de José G.^a Mercadal.

La luna nueva, de R. Tagore.

La breve historia del mundo, de H. G. Wells.

El conde Lucanor, de Juan Manuel.
Romancero, de R. Menéndez Pidal.
Poetas de los siglos XVI y XVII, de P. Blanco Suárez.
Exploradores y conquistadores de Indias, de Juan Dantín Cereceda.
El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes.
Lope de Vega, de Américo de Castro.
Historia de la vida del Buscón, de Fco. de Quevedo y Villegas.
Don Juan Tenorio, de José Zorrilla.
Teatro, de Guillén de Castro.
Teatro, de Calderón de la Barca.
La corte de Carlos IV, de Galdós.
El 19 de marzo y el 2 de mayo, de Galdós.
Bailén, de Galdós.
Juan Martín el empecinado, de Galdós.
La batalla de los Arapiles, de Galdós.
Napoleón en Chamartín, de Galdós.
Trafalgar, de Galdós.
Gerona, de Galdós.
Cádiz, de Galdós.
Zaragoza, de Galdós.
Peñas arriba, de José M. de Pereda.
Castilla, de Azorín.
Años y leguas, de Gabriel Miró.
Juanita la larga, de Juan Valera.
Tres novelas ejemplares y un prólogo, de Miguel de Unamuno.
La barraca, de V. Blasco Ibáñez.
Sonata de invierno, de R. del Valle Inclán.
Cuentos de Navidad y Reyes, de E. Pardo Bazán.
Silvestre Paradox, de Pío Baroja.
Ideario de Costa, de José G.^a Mercadal.

Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez.
Notas, de José Ortega y Gasset.
Las cien mejores poesías, de M. Menéndez y Pelayo.
Bolívar el libertador, de José M.^a Salaverria.
Poesías completas, de Antonio Machado.
Manual de la historia de España, de Rafael Altamira.
Estudios sobre educación, de Francisco Giner.
Las escuelas nuevas inglesas, de Margarita Comas.
Las escuelas nuevas italianas, de Concepción S. Amor.
Abejas y Colmenas, de F. M. de la Escalera.
Catecismo del agricultor, de José C. Lapazarán.
Gallinocultura práctica, de L. Hergueta.
Los hijos del capitán Grant, de J. Verne.
Ivanhoe, de Sir Walter Scott.
El hombre que vendió su sombra, de Chamisso.
Historias de Dante. La divina comedia, de Mary Macgregor.
Los héroes, de Charles Kingsley.
Cuentos de Grimm, de M.^a Luz Morales.
Las mil y una noches, de C.G.
Historias de Hans Andersen, de Mary Macgregor.
La Alhambra, de Washington Irving.
Los lusíadas, de Luis de Camoens.
Algunos cuentos de Perrault, de Manuela de Velasco.
El califa cigüeña, de W. Hauff.
Gutenberg, de Álvaro de la Helguera.
Oliverio Cromwell, de José Poch Noguera.
Carlomagno, de José Baeza.
Flor de leyendas, de Alejandro Casona.
Geografía especial de España y Portugal, de Izquierdo Groselles.

Curiosos pobladores del mar, de Enrique Rioja.
Industrias agrícolas, de Vicente Vera.
Aventuras de Pinocho, de C. Collodi.
Cuentos infantiles, de Calleja.
Lecturas Geográficas - Asia y África, de Diego Pastor.
Lecturas Geográficas - América y Oceanía, de Diego Pastor.
Lecturas Geográficas - Europa, de Diego Pastor.
Lecturas Geográficas - España y Portugal, de Diego Pastor.
Nuestro organismo, de Juan Vázquez.
Los héroes del progreso, de Alberto Llano.
Cervantes, de Manuel de Montoliu.
Benjamin Franklin, de Jorge Santelmo.
Alicia en el país de las maravillas, de L. Carroll.
Peter Pan y Wendy, de J. M. Barrie.
Atlas universal.
Diccionario de Lafuente.

Esta colección presenta —como afirma el articulista de *El Debate*— las *Memorias* de Tolstoy y *Sachka Yegulev* de Andreiev y también las denostadas *Iliada* y *Odisea*. Se trata de una selección que cuenta con varias obras de literatura social: *La cabaña del tío Tom*, *La barraca*, *La breve historia del mundo*, de Wells, entre otras, aunque sobre todo abundan en ella las novelas infantiles y de aventuras, las leyendas, las poesías, las obras de teatro, los libros de geografía, las biografías comentadas y los ensayos sobre educación. A pesar de que la selección incide en los autores españoles, el criterio empleado no es nacionalista⁵. Una compilación semejante podría haber sido realizada en cualquier otro país europeo,

lo que significaba una apuesta por un tipo de cultura internacionalista. Los libros escogidos debían aportar a las gentes una nueva manera de mirar, como una ventana hacia otros mundos que sería complementada con los documentales exhibidos por el cine ambulante: una irrupción del afuera en la intimidad de los hogares, del mar en la montaña, del desierto en la frescura de la campiña. De este modo, introduciendo el relativismo en el pensamiento se filtraba también el deseo de cambio, la ansiedad del conocimiento.

Los libros para niños: escribiendo una nueva España

Nuestra presencia, como de ordinario, suscitaba la curiosidad del vecindario; los chicos nos daban escolta a un lado y otro. Siempre nos sorprendía al recorrer estos pueblos segovianos, la limpieza de los ojos infantiles. Tenían tal brillo y vivacidad que me apenas a pensar cómo al transcurrir el tiempo la inercia, la falta de estímulo, la sordidez ambiente, ahogarían las posibilidades humanas que en aquellas miradas amanecían. [...] Tal vez en nuestras manos haya un medio para trabajar en ello. Es tarea larga; nosotros no gozaremos ya del fruto, si lo hay. Pero pasados bastantes años otros podrán aprovecharlo. No recordarán, quizás, quiénes abrieron el camino. Pero no importa. Nuestro esfuerzo debe ser nuestro único premio.

Éstas eran las impresiones de Luis Cernuda —relatadas en *Luz* el 10 de octubre de 1933—, recordando aquella primera misión que mostró por

Castilla el Museo del Pueblo, una colección de copias de cuadros de Goya, Velázquez, Murillo, Zurbarán y los principales pintores clásicos españoles, realizadas por los jóvenes artistas Ramón Gaya, Eduardo Vicente y Juan Bonafé⁶. Las imágenes que nos han quedado de esa larga misión de arte nos muestran a un Cernuda distinto al acostumbrado. Había perdido ese engolamiento de su postura para acercarse en brazos a los niños, deseosos de ver en primera fila el milagro de la carne pintada, incomprensible para aquellos que nunca habían visto un lienzo. Otros relatos posteriores nos lo muestran escondido tras los muñecos del Retablo de Fantoques simulando voces de viejas cascarrabias y héroes burlones. Esa transformación que se esperaba de los pueblos de España empezaba del mismo modo a experimentarse en primera persona en aquellos muchachos que se encontraban por caminos pedregosos con una realidad que desconocían, un mundo de carencias pero también de inesperadas riquezas que fueron incorporadas en el quehacer artístico —y desde luego a la conciencia social— de muchos de ellos. La existencia de un organismo como las Misiones Pedagógicas, que aseguraba compras masivas de ejemplares, fomentó un mercado editorial especializado en libros infantiles y estimuló la escritura de manuales y obras literarias destinadas a este público⁷. Algunos misioneros, que eran además escritores y pedagogos, ensayaron también este tipo de literatura de cuya utilización tenían evidencia práctica en los pueblos visitados. Sin embargo, la pertenencia al entorno de la institución no aseguraba la inclusión en los listados de libros para las bibliotecas rurales. “Pretender hoy en España obtener algún dinero de un libro de poemas es una ilusión... de poeta”⁸ —le dirá Consuelo Bergés a su

amiga Carmen Conde, después de contarle sus gestiones para intentar que Álvarez Santullano, secretario de las Misiones, distribuyera *Júbilos: poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos*⁹ entre los miembros del Patronato para estudiar su inclusión en ese listado—. “El Patronato sólo ha adquirido libros de “los consagrados”: Machado, Juan Ramón, Azorín, Pérez de Ayala, etcétera, y hay muchos jóvenes esperando”. Serán esos primeros momentos, de 1931 a 1934, aquellos que presenten los autores más clásicos. La extensión de acción bibliotecaria en los años siguientes y la necesidad de ir cambiando de libros a medida que los usuarios —que comenzaban a utilizar las escuelas como centros sociales—, se cansaban de releer los mismos ejemplares una y otra vez, favorece la inclusión de nuevas promesas entre los *consagrados*, como Carmen Conde a la que el Patronato comprará 300 ejemplares¹⁰.

En gran parte de los casos, los textos escritos por los misioneros suponían una nueva mirada sobre temas antiguos: la historia, la vida en las aldeas, la mitología o las tradiciones populares, y las obras podían ser utilizadas tanto como apoyo a la docencia como para la lectura distraída. Son buenos ejemplos de este nuevo estilo de literatura infantil *Mi primer libro de historia*, de Daniel González Linacero; las farsas para guiñol de Rafael Dieste (*La doncella guerrera*, *El falso faquir*, etcétera); *Flor de leyendas*, de Alejandro Casona; *Emoción y cultura*, de Manuel Briones; *Pueblos y leyendas*, de Herminio Almendros y *Estampas de aldea*, que es el nombre de un libro de José Lillo Rodelgo (1934), y a la vez de otro de Pablo de Andrés Cobos ilustrado por Miguel Prieto, publicado en 1935.

Podríamos encontrar una serie de características comunes en estas creaciones literarias, más allá de su estilo. La primera de ellas sería la general falta de una intencionalidad dogmática. Herminio Almendros lo indicaría explícitamente en el prólogo de *Pueblos y leyendas*:

Este libro ha sido escrito y se publica con el deseo de proveer de lecturas al marcado interés que los niños sienten por las narraciones; sin el propósito de administrar enseñanzas ni de infundir en el niño, como es costumbre, repertorios de normas en comprimidas moralejas. Por eso el libro se ofrece cargado de narraciones recogidas y adaptadas al margen de la habitual y excesiva intención docente y adoctrinadora¹¹.

El libro es una selección de leyendas del mundo y fue publicado en Seix Barral. La recopilación incluye Japón, China, India, Arabia, Rusia, Escandinavia, Países del Rhin, Islas británicas, Francia, Noroeste de África y "Negros de América". El éxito estaba garantizado por su peculiar sistema de elección de los temas:

La tarea del autor ha consistido sólo en la búsqueda y adaptación de leyendas y cuentos. En la selección ha sido asesorado por niños de escuelas de España. Niños de diez, de once, de doce, de trece años. Ellos fueron los que, después de la lectura de seis cuentos y leyendas de cada país, elegidos entre muchos, decidieron cuáles habían de figurar en la selección definitiva.

La neutralidad de su obra, que apelaba al gusto infantil por la aventura sin mostrar ninguna ads-

cripción política —aunque ésta no le faltaba a su autor, que se exilió en Cuba llegando a ser director de Enseñanza Rural del gobierno revolucionario del comandante Castro, desde donde favoreció la formación de misiones culturales—, permitió que fuera reeditada doce veces durante el franquismo, con algún retoque insignificante en la presentación de los textos rusos, donde desaparecen las referencias a "enormes diques de cemento y pulidos tractores que se pierden, alineados, en el horizonte" en la descripción de un paisaje.

Ese mismo espíritu de franca diversión es también planteado por Pablo de Andrés Cobos, en su *Estampas de aldea*. Literatura para niños:

Se ha escrito este libro sin propósito concreto. Por el solo placer de recordar; recuerdos gratos que no querían reposar definitivamente en el alma. Libre y sincera expresión de emociones auténticas. Literatura, pura literatura o nada. Y no sé si literatura para los niños; ellos lo dirán cuando caiga el libro en sus manos.

(De Andrés Cobos, 1935, Prólogo)

Las obras de los misioneros coinciden en otros dos aspectos muy importantes, que les dan un cierto aire de familia. El primero de ellos es el reconocimiento de la existencia de una tradición popular y el segundo la necesidad de ponerla en valor. Lillo Rodelgo en su versión de las estampas aldeanas, que son cuadros con motivos rurales tomados como excusa para narrar historias, sería claro en este sentido:

El "Curso de lecturas" sólo tiene un fin: señalar, destacar, alabar la vida campesina.

Queremos buscar con ello una mejor estimación, un mayor amor al vivir agrario. Queremos ayudar al niño a que “descubra” la belleza fresca, profunda y sencilla del campo. Hasta en el propio hacer, en los duros afanes del oficio —arar, sembrar, caminar— hay algo de “señorío”, algo de perfecta elegancia: como no la hay más alta en toda la artesanía. (Lillo Rodelgo, 1934: 5)

Este interés literario y político por revalorizar un campo postergado y empobrecido tenía una larga tradición en España, cuyo más ilustre representante podría ser Antonio Machado y Álvarez, folclorista, librepensador y estudioso de la representación popular de las emociones. Formaba parte de ese grupo de intelectuales que participaron en la revolución de 1868 y que deseaba devolver al pueblo una de las cosas que la ciudad le había usurpado: su capacidad de crear formas artísticas, como uno más de los atributos inherentes al reparto democrático de poderes y saberes. “Los pueblos, valiéndose de su más fiel, leal y poderoso tribuno, que es la razón —escribirá Machado en *El Imparcial*, el 14 de abril de 1884—, obligan a los literatos, a los eruditos, a los sabios a declarar a la faz del mundo lo que deben en justicia a las hasta ahora llamadas muchedumbres, omitidas irrisoriamente hasta hoy por los interesados en atribuirse fazañas que no hicieron y victorias que jamás, por un sólo esfuerzo, hubieran obtenido, ni en los campos de batalla, ni en el mundo del arte, ni aun en el mundo de la filosofía y de la ciencia.” En esta afirmación se halla gran parte del ideal que animó la creación de ese

ensayo de justicia poética que son las Misiones Pedagógicas.

El patrimonio inmaterial de relatos, músicas y romances es atendido por estos intelectuales justicieros de distinto modo. Algunos recogen estas tradiciones y las incorporan a su propio repertorio. Tal es el caso de los cancioneros preparados por Eduardo Martínez Torner, director del Coro del Pueblo, o de las reinterpretaciones del dulzainero Agapito Marazuela. Otros, nacidos en el seno de esos mismos pueblos y herederos por tanto de su tradición, poetizan una vida cotidiana que les resulta muy cercana (como Carmen Conde o Miguel Hernández) o relatan sus recuerdos de infancia prestando especial atención a aquellas escenas que exaltan el modo de vida campesino frente a otros más urbanos o de clases privilegiadas, como haría Andrés Cobos:

Los señoritos de pan pringado eran los hijos de... un señorito, vestidos de señoritos, tan finos, tan atildados y tan cursis. Cursis, cursis, muy cursilones. Ni jugaban con nosotros ni se pegaban con nadie. No corrían, no luchaban, no reían, no iban al juego de pelota, ni a los pajares, ni a los prados; temblaban de las vacas y de los perros. No iban a ninguna parte, siempre protegidos (1935: 46)¹².

Las recopilaciones de leyendas y mitos universales, las antologías adaptadas de los clásicos, responden a la necesidad de hacer “síntesis literarias que conserven, con la trama de la fabulación, su sentido y su esencia, el ritmo y el tono del lenguaje, equilibrando en estudiada medida la acción y el ambiente¹³.”

Esta estrategia recreaba los grandes temas de la literatura universal y sus complejos argumentos, preservando la emoción de los relatos pero simplificando la forma para adaptarla a los precarios conocimientos infantiles. La tarea no era sencilla, pues no se trataba de resumir sino de fabular para que los muchachos no perdieran el interés que les llevaría, llegado el caso, a interesarse por la versión original. Hay que tener en cuenta que este intento era hasta entonces prácticamente inédito, como inédito era hablar a los niños rurales no ya de Shakespeare, sino también de Cervantes o Lope de Vega.

Pero si importante era proporcionar a los niños nuevos mundos con los que soñar, más lo era enseñarles a pensar en sí mismos como protagonistas de la historia de su país. Es por esto que me gustaría detenerme, para finalizar, en *Mi primer libro de historia*, de González Linacero. Esta obra fue publicada en 1933 con el principal objetivo de que fuera utilizada por sus alumnos de la Escuela Normal de Palencia en la práctica cotidiana de su trabajo. Fue escrita para orientar la sed de conocimiento de un montón de chiquillos descalzos, invisibles para todos los gobiernos dentro de aquella gran masa de analfabetos que la nueva República española debía convertir precipitadamente en buenos ciudadanos. En él los héroes cambian de rostro y de virtudes, mientras se da sentido a los actos recurrentes de la vida cotidiana: ¿de qué se alimentan las gentes? ¿Cómo construyen? ¿Cómo ha ido evolucionando el modo de vestirse? Se trata de un precoz ensayo de historia social adaptado a las modestas aptitudes de los

pequeños lectores. En la introducción de este manual el autor justifica su tarea de este modo:

Todos hemos padecido el evidente error que durante tanto tiempo ha venido haciendo de la Historia una enseñanza inútil y a veces perniciosa. Despertando en el niño el instinto de lucha y glorificando hasta la categoría de héroes a aquellos muñecos trágicos que morían desconociendo la razón de su sacrificio, el niño adquiere un sentido falso del valor moral, individual y colectivo. Nunca se cuidó el educador de borrar de la Historia toda esa balumba insoportable de necedades de príncipes y favoritos, extrayendo del evolucionar histórico aquellos sucesos de orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo y principalmente el pueblo trabajador humilde y sufrido, que solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos. (González Linacero, 1933)

González Linacero pagó caro su concepto de la historia, pues aún se encuentra enterrado en una fosa común en algún lugar desconocido de la carretera que une Arévalo con Valladolid. Merece la pena comparar el estilo intelectual del párrafo anterior con estas directrices publicadas en el *Boletín de Educación de Burgos*, en octubre de 1936, que lleva el título "La Escuela ante el glorioso Movimiento Nacional", ya que sólo tres años

y unos cien kilómetros, separan la una de esta otra.

Estas tres importantísimas finalidades [conseguir un espíritu nacional fuerte y patriótico, impregnar la escuela de catolicismo y "fomentar en las almas infantiles las ideas de disciplina ciudadana y de cooperación, basadas en el trabajo y en el respeto a la Autoridad"] se pueden lograr con sencillez notoria, asomándose al libro de nuestra Historia, en la que los Maestros obtendrán materia suficiente para lograr tan plausibles objetivos [...]. Y así, un día se encontrará el tema de los magníficos y heroicos episodios de la Reconquista Medioeval; otro, habrá de acudir a las fecundas enseñanzas que proporciona la reconstrucción nacional y la formación de nuestra Nacionalidad en el admirable reinado de los Reyes Católicos; y en fin, en las extraordinarias dotes colonizadoras de nuestro Pueblo, que llenan todo un período de esplendor de nuestro Pasado, surgirán cuestiones de extraordinario valor para ir formando el espíritu patriótico de los valores que han de cooperar en la obra de penetración racial. Sería imposible hacer un recuento de hechos en los que se podría detener el Maestro para deducir de ellos provechosas lecciones en la Escuela, porque es inagotable la fuente de la Historia, pero es necesario buscar en ella los momentos decisivos para España y ver cómo siempre el patriotismo fue el que impulsó las grandes acciones y marcó los rumbos históricos, sin olvidar que en todos los actos de nuestros

antecesores influye un marcado sello de religiosidad que fue el que nos preparó para las grandes empresas, admiración de todo el mundo (Jáuregui, 1936, 12-13).

La larga tarea que presagiaba Luis Cernuda acabaría siendo mucho más larga de lo que podían sospechar aquellos jóvenes que, subidos en sus mulas, recorrían los olvidados caminos de las aldeas de España.

Notas

1. "Misiones Pedagógicas", Atenas, junio de 1935, pág. 236.
2. Decreto de creación de las Misiones Pedagógicas, 29 de mayo de 1931, reproducido en el apéndice de la Memoria del Patronato de las Misiones Pedagógicas (septiembre de 1931-diciembre de 1933), 1934.
3. Estatutos de la Institución Libre de Enseñanza.
4. La relación de los libros en la Biblioteca Z se encuentra en el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares). Los nombres de los libros y sus autores aparecen tal y como se encuentran en el listado original.
5. La labor de las Misiones Pedagógicas, y en general la acción educativa desarrollada en la Segunda República, sería tachada de contraria a la "cultura nacional", por esta introducción de autores extranjeros, que serían erradicados en su mayor parte de las bibliotecas en el régimen franquista.
6. Sobre la actuación de Luis Cernuda en las Misiones Pedagógicas véase Nigel Dennis, 2002.
7. Igual ocurriría con el cine documental. El archivo filmico de las Misiones Pedagógicas llegó a contar con más de medio millar de películas, normalmente compradas a la Kodak-Eastman y otras distribuidoras comerciales, pero también de producción nacional.

8. Carta que se cree fechada el 19 de abril de 1934 y que se encuentra en el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena.
9. Carmen Conde escribió *Júbilos* en 1934 y en él vuelca sus experiencias en las Misiones, especialmente la fascinación que los niños sentían por el cine. El libro sería prologado por Gabriela Mistral. En los momentos en los que recibe esta carta acaba de perder la hija que esperaba y su salud es muy delicada. Por eso las gestiones para promocionar su obra quedan en manos de Consuelo Bergés, que vivía en Madrid.
10. Santullano explica en una carta a Conde, escrita en junio de 1934, que los editores hacen un descuento del 50 o 60% del precio del venta para beneficiar la difusión del libro en España. Si el libro era editado por el autor, como en este caso, el descuento pasaba a ser del 40%. (Archivo Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver)
11. Nota de los editores del libro de Herminio Almendros *Pueblos y leyendas*.
12. Esta narración recuerda a otra similar que aparece en los recuerdos de infancia de Unamuno, niño urbano pero que asistía a una escuela pública y se reía de los que tenían un profesor privado. Andrés Cobos muestra una postura de altivo orgullo por esta tradición popular: "Por mi gusto no fomentaré jamás las virtudes lacias de la modestia y la humildad. Prefiero la soberbia y el ánimo para abatirla. Si pudiera, metería en cada conciencia las ganas de conquistar el mundo" —dirá en el prólogo del libro.
13. Alejandro Casona, *Flor de leyendas*, pág. 8. Con este libro lograría el Premio Nacional de Literatura en 1932.

Bibliografía

"Misiones Pedagógicas", *Atenas*, junio de 1935.

"Una institución ineficaz y superflua", *El Debate*, Madrid, 7 de agosto de 1935.

ALMENDROS Herminio (1936): *Pueblos y leyendas*. Barcelona: Seix y Barral.

ÁLVAREZ SANTULLANO, Luis (1938): "Antipedagogía", *Hora de España*, Barcelona, junio de 1938.

ANDRÉS COBOS, Pablo de (1935): *Estampas de aldeas: Literatura para los niños*. Ilustrado por Miguel Prieto. Madrid: Escuelas de España [Imp. Omnia].

BRIONES MARTÍNEZ, Manuel (1934): *Emoción y cultura*. Madrid: Imprenta y Editorial Magisterio Español.

CASONA, Alejandro (1933): *Flor de leyendas*. Madrid: Espasa-Calpe.

CERNUDA, Luis (1933) "Soledades de España", *Luz*, Madrid, 10 de octubre de 1933.

DENNIS, Nigel (2002): "Luis Cernuda, la II República y las Misiones Pedagógicas 1931-1936", *Entre la realidad y el deseo: Luis Cernuda (1902-1963)*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Amigos de la Residencia de Estudiantes.

G. JÁUREGUI, J. Ignacio (1936): "La Escuela ante el glorioso Movimiento Nacional", *Boletín de Educación de Burgos*, 2ª época, año 1, septiembre-octubre de 1936.

GARCÍA ALONSO, María (2006): "Reflexión sobre los medios y los fines. Las Misiones Pedagógicas en el marco internacional", en OTERO URTAZA, Eugenio y GARCÍA ALONSO, María (eds.), *Las Misiones Pedagógicas. 1931-1936*. Catálogo de la Exposición celebrada en el Centro Cultural

Conde-Duque de Madrid. Madrid: Sociedad Estatal de
Conmemoraciones Culturales / Amigos de la Residencia de
Estudiantes, pp. 185-208.

GONZÁLEZ LINACERO, Daniel (1933): *Mi primer libro de
historia*. Palencia: Imprenta y Librería Afrodisio Aguado.

LILLO RODELGO, José (1934): *Estampas de aldea: Notas y
grabados reproducción de pinturas y esculturas de tema rural*.
Madrid: Magisterio Español.

MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio (1884): "Folklore", *El
Imparcial*, 14 de abril de 1884.

*Memoria del Patronato de las Misiones Pedagógicas (septiembre
1931- diciembre 1933)*, Madrid, 1934.